

imprudencia ó una generosidad, y no son estos los defectos ni las cualidades de la aristocracia que reinaba en Roma y en Cartago. El rey de Epiro, al dejar la Sicilia, pronunció estas proféticas palabras: «¡Qué hermoso campo de batalla dejamos á los Romanos y á los Cartagineses!» (1). En efecto, los Romanos, vencedores de Tarento, llegaron á la orilla del estrecho que separa la Italia de la Sicilia, y se encontraron frente á frente con las armadas cartaginesas. La colision de las dos repúblicas conquistadoras era inevitable.

N.º 2. — *Primera guerra púnica.*

Nada caracteriza mejor la ávida ambicion de Roma que el vergonzoso pretexto que tomó para empezar la guerra de la ambicion. Unos aventureros de la Campania, consagrados á *Marte* ó *Mamers*, y que por esto fueron llamados *Mamertinos*, entraron al servicio de la Sicilia en el ejército de Agatócles; destinados de guarnicion á Mesina mataron una parte de los habitantes, expulsaron á los demas y se repartieron las mujeres, los hijos y los bienes (2). El éxito de esta criminal usurpacion indujo á los Campanios que servian en el ejército romano á imitar á sus compatriotas. Enviados en socorro de Regium, se apoderaron de la ciudad por traicion, con ayuda de los Mamertinos. Roma tomó pretexto de este crimen para una ruidosa venganza: los Campanios que no perecieron en el asalto de Regium, cayeron bajo el hacha (3). Los Mamertinos, derrotados por el rey de Siracusa, iban á sufrir la misma suerte, cuando, acordándose de su origen italiano, se decidieron á pedir auxilio á los Romanos. Si Roma hubiese tenido aquel respeto á la buena fe y al honor que tan gratuitamente se le concede, ¿hubiera podido dudar acerca del partido que debia tomar? Acababa de castigar á sus propios ciudadanos con el último suplicio por la traicion de Regium, y los Mamertinos que pedian su alianza habian

(1) PLUTARCH., *Pyrrh.*, c. 23.

(2) DION. CASS., *fragm. Vales.*, XI. — POLYB., I, 7, 1-4.

(3) POLYB., I, 7, 5-13.

cometido el mismo crimen en Mesina; mas aún, eran los aliados de los romanos de la Campania. Pero Roma veia con envidia á los Cartagineses dueños del Africa, apoderándose de las islas del mar Mediterráneo y estableciéndose en España. La ambicion pudo más que el honor. Dicese que el Senado dudó. No fué el pudor ni la justicia los que los retuvieron, pero los más intrépidos temblaron cuando se trató de poner por primera vez el pié fuera de Italia. Iba Roma á empeñarse en un nuevo mundo desconocido; ¿quién le garantizaria la victoria? Se llevó la cuestion ante el pueblo, que, ménos calculador y más aventurero, se decidió por la guerra de conquista. Pero necesitaba aquel pueblo de leguleyos un pretexto de legalidad. Nunca faltan pretextos á la gente sutil. ¿No eran italianos los Mamertinos? ¿Y no eran los Romanos los dueños de Italia? Tenian, pues, el derecho y aún el deber de sostener á sus compatriotas y á sus súbditos (1).

Ya en la antigüedad la conducta de Roma ha encontrado un censor en *Polibio*. La censura del historiador griego, á quien se ha acusado de parcialidad hácia los Romanos, basta para castigar su culpable ambicion. La decision que *Polibio* se limita á desaprobacion ha excitado la indignacion de un escritor moderno, que debia, sin embargo, sentir como un afecto paternal hácia el pueblo de quien, por decirlo así, ha creado la historia; *Niebuhr* dice que la alianza con los Mamertinos es la vergüenza eterna de Roma (2). No opina de la misma manera un escritor que gusta de llevar la contraria al gran historiador; pero en vano ha puesto de manifiesto los motivos que impelian á los Romanos á aprovechar la única ocasion de poner el pié en la Sicilia (3); si la política puede servirse de todos los medios para llegar á fin, preciso es aplaudir todas las bribonadas, preciso es aplaudir la moral inmoral que la conciencia moderna ha condenado con el nombre de jesuitismo.

La primera guerra púnica no es más que el preludio de la lucha de los dos pueblos, y ya allí se dibuja su diverso genio. En los

(1) POLYB., I, 10 y sig.

(2) IBID., III, 26, 6. — NIEBUHR, t. III, p. 517.

(3) MOMMSEN, *Römische Geschichte*, t. I, p. 485.



juicios que emitimos respecto de Cartago no debemos olvidar que su historia ha sido escrita por los Romanos. Pero no creemos hacerles una injusticia, colocándolos por bajo de su rival en los sentimientos humanos. Sin embargo, Roma dista mucho de hacer la guerra con humanidad. La guarnición púnica de una ciudad siciliana había sufrido un sitio de siete meses; los habitantes se morían de hambre; las lágrimas de las mujeres y de los niños ablandaron el corazón de los soldados; se marcharon y dejaron á los ciudadanos el cuidado de tratar con el enemigo. Los Romanos no tuvieron piedad; bajo el pretexto de dar un ejemplo, mataron todo lo que respiraba; no se hicieron más que escaso número de prisioneros que fueron reducidos á la esclavitud (1).

Los Cartagineses excedieron en crueldad á los Romanos. El suplicio de Régulo ha adquirido una triste celebridad en la historia del derecho de gentes. Sabido es que el general cautivo, enviado con embajadores cartagineses para pedir la paz ó para proponer al ménos un rescate de prisioneros, hizo rechazar toda idea de tratado y de canje; á su vuelta á Cartago fué entregado á los tormentos de una muerte lenta; dicese que fué expuesto al sol de África, despues de haberle cortado los párpados; se le privó de todo sueño encerrándole en una caja erizada toda por dentro de puntas de hierro. Tal es la narración de los autores latinos (2). Desde el siglo XVI Palmer la combatió; Beaufort dió nuevas razones para dudar de ella; Niebuhr ha sido de la misma opinión. El silencio de Polibio, el más grave y el más antiguo de los historiadores, hace en efecto dudosa esta tradición. Se ha supuesto que era una fábula inventada con el fin de aumentar el odio de Roma hácia su rival, ó para excusar la crueldad de Roma con los prisioneros cartagineses (3). Sin embargo, es difícil considerar como una pura invención un hecho atestiguado por una multitud de escritores dignos de fe y referido por todos casi con las mismas circunstancias.

(1) NIEBUHR, t. III, p. 535.—POLYB., I, 24, 11.—Los Romanos obraron del mismo modo en Panormia (NIEBUHR, t. III, p. 548).

(2) Las fuentes están citadas en la *Real-Encyclopädie*, t. I, p. 987. Debe añadirse SENECA (*De Provid.*, c. 3) y SAN AGUSTIN (*De civitate Dei*, I, 45).

(3) NIEBUHR, t. III, p. 551-553.

Por otra parte, ¿no están conformes estos testimonios con lo que sabemos acerca de la cobarde barbarie de los Cartagineses? Una aristocracia que crucificaba á los generales no favorecidos por la fortuna, y que dejaba morir de hambre á los mercenarios no debía retroceder ante el suplicio de un enemigo.

Desde la primera guerra con Cartago se quejan los Romanos de la *fe púnica* (1). El pueblo que no se sonrojaba de aliarse con los Mamertinos no tenía derecho para hablar de fe y de justicia. Roma empezó la guerra faltando al honor; la terminó abusando de la debilidad de su enemigo vencido, por apoderarse en plena paz de la Cerdeña y de la Córcega. La ocupación de la Cerdeña es un acto de piratería en toda la extensión de la palabra. Apenas estaba terminada la primera guerra púnica, cuando estalló la *inexpiable* guerra de los mercenarios. Los soldados que ocupaban la Cerdeña se unieron á sus compañeros de África. Roma no se atrevió á decidirse abiertamente por los sublevados, pero cuando éstos le ofrecieron las plazas que ocupaban en la Cerdeña, la tentación fué demasiado grande para la virtud romana. El Senado aceptó la oferta y así se hizo cómplice de piratas de alquiler. Su conducta en esta ocasión no puede compararse más que á la del encubridor que viene en auxilio del ladrón, pero que más diestro que él se apropia la cosa robada. Rollin no se equivoca al decir que es una mancha en la gloria de los Romanos que no podrá borrar ninguna de sus más bellas acciones (2). Ya en la antigüedad Polibio confesó que la ocupación de la Cerdeña justificaba la ruptura del tratado que Roma echaba en cara á los Cartagineses.

### N.º 3. Segunda guerra púnica.

La guerra de Anibal desoló á la Italia durante diez y siete años. Solamente en la batalla de Cannas perecieron ciento setenta y siete senadores. Al final de la guerra la población de Roma había disminuido en una cuarta parte. El relajamiento de los lazos sociales era tal, que en un solo año, y solamente en la Apulia, fueron con-

(1) FLOR., II, 2.

(2) ROLLIN, *Historia romana*, lib. XIII, § 1.—POLYB., III, 23.